

## **Almendras amargas**

200 ml de licor de almendras

Nos habían regalado aquel sofisticado elixir italiano para celebrar nuestro compromiso, como si realmente hubiera algo que festejar. Recuerdo sus miradas brillantes de ilusión al entregarnos el obsequio. La luz les cegaba, les impedía percatarse del infierno que me envolvía. Para mí tan solo había oscuridad.

Un vaso de cristal

Su favorito, siempre lo que él quería. Mi opinión carecía de valor, al igual que lo hacían mis sentimientos. La muralla que los protegía totalmente derruida, ahora eran totalmente vulnerables a sus ataques. Mientras, el odio escapaba por cada una de las heridas, al igual que yo quería escapar de allí.

30 ml de agua

Uno por cada una de las veces que dije que no podían obligarme. Me trataron como a un objeto, como si fuera de su propiedad. La furia recorría mis venas y se apoderaba de mí, incluso antes de que lo hiciera él. Agua como la que recorría mis mejillas en forma de lágrima cada noche. Me cobijaba bajo la manta como si me pudiera proteger de un destino tan fatal como inevitable.

Una cucharilla de plata

Para removerlo todo, igual que habían removido hasta lo más profundo de mis entrañas entregándome a semejante despiadado ser. Era prisionera en una cárcel con los barrotes de plata, rodeada de lujos, sumida en la miseria.

10 gotas de ácido cianhídrico

Una por cada vez que deseé desaparecer antes que continuar de aquella manera que no podía considerarse vivir. Era una forma elegante de terminar con aquella pesadilla que por poco no había acabado conmigo.

Me acerqué titubeante con la bandeja, en su rostro albergaba una mirada inquisidora, cargada de superioridad. Observé cómo aferraba el vaso.

El recorrido del recipiente hasta sus labios parecía interminable, como la eternidad juntos que sus ojos prometían, siendo yo la marioneta de un cruel maestro titiritero. Esperé pacientemente a ver los efectos de aquel licor que contenía un gustoso ingrediente secreto.

Su cuerpo empezó a estremecerse, después emanaba espuma de su boca. Nadie se sorprendería de un ataque epiléptico, pues el hombre sufría problemas de salud. Gritaba mi nombre entre las convulsiones, pero yo estaba demasiado lejos para escucharlo, corriendo llena de esperanza hacía una nueva vida.

Silencio. Su cuerpo yacía inerte en el salón, ahora sus ojos no me miraban. En su boca un fuerte sabor de almendras amargas. Era libre. Al fin.